



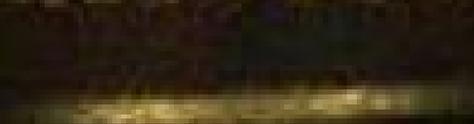


CASTELLAR





ESTUDIOS
HISTÓRICOS




DP58
E8



R. C.



1020025174

ESTUDIOS HISTÓRICOS

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE

LA EDAD MEDIA,

OTROS FRAGMENTOS.

POR

D. EMILIO CASTELLAR

Carlos Saavedra



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

85098

MADRID

EDITORES: A. DE SAN MARTÍN Y AGUSTÍN JUBERA,
Puerta del Sol, 6. — Carretas, 59. — Bols, 3

1875

31272

860
DP 58
E8



AMÉRICA.

Al espirar la Edad media, nuestra nacionalidad se derrama por los mares, y el vago é inquieto deseo de gloria que la posee, acabada la empresa de siete siglos, la obliga á buscar en lo desconocido y maravilloso nuevos espacios donde extender el espíritu de vida que rebosa en su seno. España, que desde el siglo xii amenaza al África, y en el siglo xiv rompe las huestes africanas al pié de sus mismos dominios; España, que por medio de Portugal es la señora del Océano, y por medio de Aragon la señora del Mediterráneo; España, que como un caballero cruzado, va del Asia al África, de Italia á Constantinopla, bus-

cando por do quier alimento al fuego de su vida, objetos á su valor incontrastables; España, la víctima propiciatoria de la civilizaci6n universal, que interponiéndose en el triunfante camino de los árabes, dió su sangre para impedir que convirtieran á Europa en sultana de sus serrallos; España, la estrella de la tarde que ríela su luz en dos mares, cuyas ondas la besan mansamente, como si le prestaran vasallaje; España, por sus sacrificios, por su constancia, por el puesto que tiene en la tierra, y en premio de su largo martirio, merecía el destino de verter la luz del cristianismo en un mundo que, á manera de nueva y más esplendorosa creaci6n, surgía coronado de flores del gigante seno de los mares.

Un hombre desconocido, cuyo pensamiento se perdía en el azul firmamento; poeta que había adivinado, más por intuici6n que por cálculo, nuevos caminos abiertos á ese incansable viajero que se llama espíritu humano, pero poeta religioso, cuya alma, encendida en el amor divino, volaba como blanca gaviota, entre esos dos celestes abismos que forman los horizontes, perdién-

dose en la azul superficie de los mares: Colon, en fin, desgraciado como Homero, como Sócrates, como el Dante, como todos los genios hijos de otro mundo mejor, aprisionados en la tierra, sentía en sus sienes latir la idea de su destino; aspiraba en las brisas el alma de nuevas regiones, y arrastrándose por los palacios de los magnates, de los reyes, les ofrecía ancho espacio á su poder; y los hombres no le entendían, y sólo España penetró en aquella misteriosa inteligencia atormentada por su misma grandeza, y le dió las llaves con que abrió á los ojos at6nitos de Europa el azul santuario que ocultaba la divina América.

Este envidiado descubrimiento se realizaba al mismo tiempo que la antigüedad, como una estátua encontrada entre ruinas, se levantaba á reanimar el mundo con la idea de los pueblos clásicos; al mismo tiempo que el pensamiento se conmovía, despertándose á nueva vida; al mismo tiempo que la imprenta armaba al hombre con el poder creador de multiplicar, cual miríadas de seres, el pensamiento; al mismo tiempo que la

libertad comenzaba á penetrar con su dulce calor los corazones; era, sin duda, el espacio de la nueva idea, el templo del hombre emancipado, el mundo puro, inocente, que nacia; nuevo eden para albergar la tierra, esa alma del alma: era la creacion material, respondiendo á la idea del hombre por esa misteriosa y sagrada relacion con que Dios ha enlazado la naturaleza y el espíritu.

Y sin embargo, Europa ha olvidado ya que debe á España este grande y maravilloso descubrimiento. No ha habido insulto que no se haya prodigado á la reina de las naciones, á la debeladora de Europa. Esta gran gloria, á tanta costa comprada, la han convertido nuestros enemigos en escarnio de la madre patria. Han ennegrecido el descubrimiento: sólo han visto los mismos que hoy envenenan á China ó atormentan á Italia, en los héroes que levantaban la cruz en los bosques de América, audaces aventureros desposeidos de corazon, sedientos de oro y sangre. Esta ingratitud del mundo ¡parece imposible! ha penetrado en el corazon de nuestros mismos hermanos de

América; que han llegado hasta maldecir á su desolada madre.

¿Los males causados no los compensamos con infinitos bienes? Mediten los que de crueles nos tachan los grandes é inmensos sacrificios que la civilizacion infundida por nuestra nacionalidad á la América nos habia costado, las guerras gigantes, los fieros males por donde habian pasado nuestros padres, y se convencerán de que nuestra España es como un ara cubierta con la ceniza de infinitas generaciones mártires; y que América alcanzó nuestra religion, nuestras ciencias, nuestra cultura, nuestra vida, con grandes, si pero con menores desgracias. La civilizacion que nosotros llevábamos, era como una antorcha alimentada por la sangre de infinitos pueblos.

Y si es ley histórica que todo progreso se alcanza por medio de grandes luchas, y toda lucha cuesta grandes sacrificios, ¿cómo los ojos, acostumbrados á ver levantarse Grecia, Roma, esas maestras de la civilizacion antigua, sobre pedestales de blanquecinos huesos, el imperio de Carlomagno y Cárlos V sobre tempestades, el feudalismo

mo, los municipios, la reforma, todas las instituciones humanas sobre el asolamiento de familias, de pueblos, de naciones, de clases enteras, cómo se maravillan de que América, para tocar la meta de la civilización, se haya visto forzada por destino inevitable y fatal á recibir un gran bautismo de sangre?

Triste fué que aquellos bosques inmensos, perfumados aún por el aliento de Dios; que aquellos astros lucientes como el amanecer de la primera luz sobre el caos; que aquellos rios serenos, azules y profundos como los cielos; que aquella virgen naturaleza tan pura, tan hermosa, semejante á la cuna de flores donde durmió la humanidad naciente el sueño de la inocencia; que el mundo, albergue de tantas maravillas, nuevo paraíso del hombre regenerado, presenciase tantas y tan grandes catástrofes que ponen horror en el corazón, lágrimas en los ojos; pero el pueblo que haya llegado á la conquista sin producir esos males, levántese y dígalo al mundo, y entonces confesaremos que nos hemos exentado por nuestra crueldad, de la comun ley á que se hallan some-

tidas las sociedades humanas. Nosotros no pretendemos disculpar las faltas de nuestros padres, pero decimos que no tienen derecho á encarecerlas y extremarlas los que las han cometido iguales ó mayores en ménos altas empresas; los que en la misma América han exterminado las primitivas razas sin dejar de ellas ni rastro ni memoria.

¡Ah! ¿Lo olvidareis vosotros, hijos de España en América; vosotros, que modulais la dulce habla de nuestros padres, que contais poetas que han cortado su lira del frondoso árbol de nuestra nacionalidad; vosotros, que llevais en la mente nuestro mismo pensamiento y en el corazón nuestra fé, nuestras creencias, y respirais una misma civilización; vosotros, hermanos también de los españoles por la grandeza de la desgracia y de la desventura? Acordad que todos los penates que llevaron los héroes á vuestro suelo, nos costaron mares de sangre:—dígalo las cenizas humeantes aún de nuestras ciudades; este suelo cubierto de recuerdos grandes y terribles desventuras; este aire impregnado de las almas de infinitos héroes.

No lo olvideis, hoy que España ha perdonado á sus tiranos, y cuando en muchos instantes sus mismos hijos, olvidándose de sus desventuras, han maldecido por amor á la América á los que habian ocasionado vuestros dolores.

Indudablemente, cuando Dios ha hecho surgir del seno de las ondas ese Nuevo Mundo, un gran destino debia cumplir en el plan providencial de la historia. No nace una hoja de un árbol al acaso en la creacion, ¿y habrá de nacer un pueblo? La aparicion de América en la historia, de ese continente que parece guardar los más bellos tesoros de la vida, los más varios matices de la naturaleza, es acontecimiento de tanta y tan portentosa magnitud, que cambia todas las relaciones de la vida europea.

La Edad media se empeña en llevar su idea fuera de Europa. Un inquieto y vago deseo de extenderse por el mundo conocido la atormenta. Y pone sus ojos en la region de lo pasado, en el Asia. En vano los reyes de la Europa moderna se sacrifican por dar vida á la madre Asia. Todos sus sacrificios son inútiles, vanas todas sus em-

presas. Ni Godofredo, el Aquiles de las Cruzadas, ni Felipe-Augusto, ni Ricardo de Inglaterra, ni Jaime I de Aragon, ni San Luis, en sus empresas, pueden grabar la idea progresiva del mundo cristiano en la cuna misma de esa idea. Las Cruzadas no son tan solo la gran ocasion de la libertad de las ciudades; pero en la tierra ya maldecida del Asia, solo echa algunas raices, y transitoriamente, el feudalismo, que no es poderoso á libertar la cuna de las religiones de la custodia de un pueblo de tradicion, de un pueblo de lo pasado, de los mahometanos, que han de llegar á cautivar á Constantinopla. Asia, aunque se empeñan los reyes en lo contrario, es el mundo de lo pasado, el mundo de la teocracia, el mundo de la autoridad. ¿Dónde está el mundo del progreso, el mundo de lo porvenir?

En América.

América debia de ser el espacio donde se encarnara la idea de civilizacion moderna. La nacion que representaba en el siglo xvi la idea de autoridad, idea poderosa para todas las grandes iniciaciones, debió descubrir aquella dilatada y

hermosa region, é infundirle el espíritu cristiano.

Sin embargo, Carlos III, que en lo interior había seguido una política liberal, reformadora, una política más bien hija de aquel siglo que de su conciencia y de su voluntad, en lo exterior siguió, llevado de sus afectos de familia, una política opuesta, radicalmente opuesta á los intereses de nuestra nacionalidad y á sus antiguos derechos.

Realizar la idea de la nueva civilizacion: este era el destino providencial de América. Pueblo sin recuerdos, nacido ayer, llamado por medios extraordinarios á la civilizacion, sin haber pasado por todos los siglos de martirios por que habian pasado las naciones europeas, inquieto de lo porvenir más que afecto á lo pasado, en que solo veia desgracias que deseaba olvidar; pueblo aparecido, por un decreto misterioso de la Providencia, sobre las ondas, cuando la electricidad de una gran idea conmovia y trastornaba á Europa, cuyas entrañas palpitaban como si llevasen un Dios; pueblo anheloso de consagrar la vida que le sobraba en grandes empresas, se convirtió en

apóstol y en guerrero de las nuevas ideas. Sus esplendorosos cielos, radiantes siempre de divina luz; sus estrellas lucientes y hermosas, áureas lámparas de un nuevo templo; la vida, que como aromas purísimos exhalan sus inexplorables bosques sembrados de mil variadas flores; todo cuanto naturaleza tiene allí de hermoso, de sublime, todo lo que hay en aquella tierra de bendicion, guarda una gran idea. Notadlo; los pueblos que han sufrido por largo espacio de tiempo una civilizacion que ya ha muerto, son inmensos desiertos, donde no nace una flor, ni vive un hombre.

Babilonia, Tébas, Persépolis, Nínime; todas esas grandes ciudades antiguas, que con el peso de sus fundamentos abrumaban la tierra, y con las cúspides y cimas de sus templos y palacios se avvicinaban al cielo; resplandecientes de ciencias, ornadas con todos los atributos de las artes, señoras de inmensos pueblos, maestras de grandes y portentosas civilizaciones, célebres por sus sacerdotes, por sus sábios, por sus astrólogos, por sus guerreros; todas esas grandes ciudades que llenan con sus nombres los anales del mundo, ya

no son, ni ruinas de ellas quedan, y el espacio donde antes se levantaban, es un mar inmenso de arena, donde no crece la yerba, donde no mana una fuente, donde solo de tarde en tarde se ve aparecer alguna caravana errante que huye de la muerte que se respira en aquellas estériles y maldecidas regiones.

La muerte, la muerte solo reina en los países, que ya no llevan su tributo al plan divino y providencial de la historia. Pero tú, América, que te muestras coronada de flores y de perlas, tú tan hermosa como la desposada que se engalana para recibir un casto beso de amor, tú no guardas esos gigantes montes que entrañan mares de fuego, esos rios que llevan por doquier la sávia de la vida, esa vejetacion lujosísima, portentosa, para engalanar una tumba, no; esas guirnaldas de flores, ornadas por la noche con mil luminosos insectos, que parecen astros que reposan en sus hojas, son las ofrendas que presentan en el ara sagrada de la grande idea de la civilizacion humana.

Y así como América representa una gran idea

filosófica, representa tambien una gran idea literaria.

La naturaleza y el espíritu se penetran mutuamente; viven de una misma vida; caminan, aquella por su cadena de séres, éste por su série de ideas, á un mismo fin. Una nueva y más esplendorosa creacion puede ser para el poeta fuente misteriosa de vida. La imaginacion se cierce sobre la naturaleza, aspira su espíritu, se adorna con sus colores, como la mariposa, que despues de haberse sumergido en los aromas de las flores tiñe sus alas con los átomos de mil varios matices que llueven de los lustrosos pétalos y de las entreabiertas corolas.

Que América en una gran fuente de vida para el espíritu de las artes, no hay necesidad de probarlo. En noche serena un gran filósofo y naturalista se encontraba en los Andes; la luna extendia su luz melancólica y suave, que no era parte á impedir que relumbrasen con claros fulgores las hermosas constelaciones tropicales, que se reflejaban como en claros espejos en las inmensas pirámides de nieve, corona de los montes, de cuyo

gigante seno salian, á manera de sonrosada niebla, el humo de los volcanes; toda la escala inmensa de la vida vegetal se desplegaba á sus ojos, desde los helechos del polo, iscrustados en los marmóreos témpanos, hasta los bambies, los cocoteros y las palmeras de las abrasadas regiones: el viento rugia como un leon sobre su cabeza, y á sus plantas, dormidos los bosques, no movian una hoja; sosegados los lagos, no se rizaban en una onda; su alma gozosa, abrazando como el espacio aquella inmensa variedad de séres, de espectáculos, que próvida ofrecia naturaleza, se levantaba al cielo, y se deshacia en amorosas plegarias al Dios creador de tantas y tan portentosas maravillas, y su voz al par de los espumosos torrentes, entonaba un himno, pues en aquel Océano de vida el filósofo se habia sentido poeta. Estas maravillas pueden obrár la naturaleza de América en las imaginaciones de Europa.

¡Y cuántos peregrinos de la vieja Europa no tomaron colores para sus cuadros de la hermosa naturaleza americana! Todos, cuando niños, hemos leído con lágrimas en los ojos y dulce melan-

colia en el corazon, el tierno idilio de Bernardino de Saint-Pierre, *Pablo y Virginia*. Esta novela simboliza el consuelo del espíritu por la naturaleza. El destierro y la desgracia encuentran dulces amigos en aquellos bienhadados campos; los dos jóvenes sienten un amor tan puro como el aire de las montañas; los cocoteros y las palmeras les prestan sombras, las palomas les enseñan á amarse; sus cantares son como el rumor de las brisas en los bosques, como el susurro del arroyo que se quiebra en los espesos cañaverales; los frutos que brinda generosa la tierra, son su alimento, y un poco de agua clara cogida en la corteza de un coco el único licor con que celebran sus dulces alegrías; todo es paz, todo dulzura en aquel Nuevo Mundo, cuya tranquilidad sólo se interrumpe cuando se desencadenan por la ausencia de Virginia, entre los dos continentes, las pasiones y los dolores del Viejo Mundo. Nuestros poetas del siglo xvi buscaban en medio de la monarquía un refugio en el campo, creando la poesía pastoril; y Bernardino de Saint-Pierre, bajo el sable de Napoleon, desenvolvía á los ojos de Francia el espec-

táculo maravilloso de la felicidad en aquellas apartadas regiones, donde el alma podía volar por los espacios, como el condor, habitante de los Andes, se cierne en lo infinito, penetra en las negras nubes, se levanta sobre la tempestad, y agarra como áureo cetro entre sus uñas el rayo de los dioses.

Chateaubriand también llevó á la joven América la inquietud, el desasosiego, las luchas de Europa; pero sin duda su imaginación adquirió en aquella naturaleza su exuberante riqueza y maravillosa espontaneidad. Como los guerreros turbaron el reposo material de aquellos pueblos con sus rayos y sus truenos, sus relámpagos, desconocidos antes de los americanos, Chateaubriand turbó la dulce paz de las riberas del Missisipi, en las dudas, las maldiciones, los dolores de René, en el amor tempestuoso, agitado, romántico de la infeliz Atala.

En todos estos poetas se ve la idea de Europa, el dolor del Viejo Mundo, tomando un acento sublime. Europa, la vieja Europa, tendrá siempre por alma de su poesía las ideas, buscará la vida

en las inmensas profundidades del pensamiento; y América, la joven América, se inspirará en la naturaleza, buscará la vida en sus torrentes, en sus cataratas inmensas, en el espíritu, que como celeste gasa envuelve al mundo. Heredia, ese gran poeta de la naturaleza, alma de fuego como el sol tropical, recoge los ruidos de los bosques, el acento de la tempestad; corta su lira de los agrestes pinos, de los gigantescos plátanos; se baña en los perfumes de aquellas flores, que aún guardan en su cáliz el primer beso que el Creador dió á la naturaleza, cuando se despertaba inocente y pura á la vida; repite el canto sublime del Niágara, que se rompe en las montañas, desgajándose de las alturas, perdiéndose en las abismos; nos enseña sus blancas espumas, que vuelan como las nubes animadas por el misterioso espíritu de los aires, sus inmensas masas de aguas que ruedan por los espacios, las perlas que escupe á las vecinas flores, á los árboles, y que refrescan la agitada frente del poeta; los rayos del sol quebrándose en la corriente y descomponiéndose en el iris con sus varios matices; el río, encerrándose des-

pues en su cáuce, sereno, majestuoso, puro, retratando los azules cielos como si se durmiera sosegado, despues de colosal batalla, en un lecho de flores.

Y unir el espíritu ideal de Europa con el espíritu real de América, es el fin supremo del arte moderno. El arte tiende á la armonía de los dos grandes términos de la vida: la naturaleza y el espíritu. La idea poética es la esencia de la naturaleza, trasformada en el alma, como la idea de la naturaleza es la esencia del espíritu, trasformada en los séres, en las leyes del mundo material. La hermosura en la naturaleza es una de las manifestaciones de la vida. La vida asciende de grado en grado, de escala en escala, desde los séres inorgánicos hasta el hombre, donde llega al conocimiento de sí y á la unidad. La vida es hermosa en la naturaleza, porque es la fuerza que reúne las moléculas en los cuerpos, los astros en los espacios; pero esa hermosura no sería sin el espíritu, que la contempla y la conoce. Todos los séres, en varios sistemas encadenados, tienden á la unidad de la especie, á la unidad de la organi-

zacion; pero esta unidad, por la cual hasta el mundo huye de lo condicional y se pone en lo absoluto, solo puede darla el espíritu. Cuando contemplamos la silenciosa noche, el mar en calma dormido como un niño, el cielo estrellado, parece que vemos realizada la hermosura; pero es el alma la que embellece la creacion con sus pensamientos. El mundo es bello, ciertamente, pero el alma sólo puede darle armonía; el alma, que ha hecho de los astros que ruedan en los espacios notas de un eterno canto, de un infinito concierto; que ha oido en lo vacío del pensamiento la música de las esferas. Pero hé aquí cómo estos dos términos se unen: el arte no sería sin el espíritu; pero tampoco se revelaría, viviría sin la naturaleza.

Poetas americanos, prestad á los poetas europeos el alma de vuestros bosques, de vuestros lagos, de vuestras florestas, de vuestro espléndido horizonte; poetas de Europa, prestad á los poetas americanos vuestros recuerdos, vuestras mitologías, vuestros pensamientos, vuestras maravillosas tradiciones; únanse las dos poesías en

lo infinito como las almas de dos amantes, como los aromas de dos flores.

Ya lo decíamos, América ha venido al mundo de la historia á realizar la idea de la nueva civilizacion; América ha venido al mundo del arte á realizar la union de la naturaleza y del espíritu, verbo misterioso que han buscado en su peregrinacion por el mundo todos los poetas, desde Homero hasta Goethe.

Pero ¿qué nacion tiene derecho de llevar el pensamiento de Europa á la inocente América? España, destinada á ser el intermediario de los dos continentes. Nosotros conservamos aún, como restos de un gran naufragio, posesiones en los mares americanos; en la corona de España reluce aún la estrella de Occidente. La suerte ha dividido aquel mundo entre la raza anglo-sajona y la raza íbera. ¿Consentirán nuestros hermanos que una raza egoísta se apodere de este mundo hermosísimo, donde por derecho propio debe imperar la raza española tan desgraciada como generosa? ¿Será posible que se haya agotado el corazon y el pensamiento de los hijos de España?

¡Ah! No.

La isla de Cuba, hermosa porcion de América, llave del golfo mejicano, permanecerá siempre bajo el amparo de nuestra nacion, sin que la ambicion de audaces piratas que solo se gozan en el robo, pueda, miéntras haya españoles en España, oscurecer, ni con leve nube, aquellos esplendurosos y magníficos horizontes.

Pero oidnos vosotros, hijos de las repúblicas hispano-americanas: hoy no queremos un dominio material por medio de la fuerza sobre vuestros imperios; queremos la fraternidad moral por medio del pensamiento en vuestros corazones. Hoy no necesitamos llevaros el fuego, la guerra; hoy necesitamos llevaros la luz de nuestras almas. Nos habeis rechazado por reyes, pero no nos rechazareis por hermanos. ¡Oh! Al través del tiempo y del espacio hablamos una misma lengua, tenemos unos mismos templos, adoramos un mismo Dios, guardamos en la memoria unos mismos recuerdos y hasta sufrimos las mismas desventuras. En el siglo XIX ha concluido el dominio del hombre sobre el hombre, el imperio de pueblos sobre

pueblos; pero ha comenzado la union de todos los hombres, de todos los pueblos en un mismo sentimiento, en una misma idea. Hijos de la América española, no desoigais á los que son vuestros hermanos.

DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

ARTÍCULO PRIMERO.

I.

Me propongo historiar brevemente la lucha de Pedro IV con la Union aragonesa y valenciana. Veamos antes el siglo XIV, de los más grandes que registra la historia por las ideas que realizó y los nuevos caminos que abrió al espíritu humano. En este siglo el feudalismo iba de vencida y la monarquía comenzaba á eclipsar todas las instituciones. El rey, que ya pretendía levantarse sobre los castillos feudales, trataba de ir poco á poco desarmando tambien el municipio. El derecho, que habia nacido en las Universidades pon-